ESTETICA POETICA

EL aire está lleno de voces que no oímos aún, pero que llegan a nosotros por debajo del límite de audición. La luz está llena de imágenes que todavía no vemos, pero que nos impresionan fuera del campo de visibilidad... Como somos poetas en virtud de la más rigorosa selección involuntaria de la especie humana, y hemos aceptado este don—designio, cumplimiento, fatalidad que se nos impone—con vocación y heroísmo, lo que tenemos que hacer es más recordar que aprender. En el aprender va, esto sí, voluntad de escucha (aquellas voces secretas e inaudibles) y de videncia (las imágenes cuya vibración no alcanza la frecuencia exigida por nuestros ojos).

Todo esto no es bastante para ser poeta, aunque sí es indispensable. Hay, además, el poder imaginativo: para soñar y para incorporarse el mundo ajeno. A nuestro lado pasan criaturas cuyas ondas magnéticas turban o perturban nuestra sensibilidad; y que unas veces nos sirven como tales seres, y otras en virtud de lo que nos despiertan. La vida no es, jamás, un estancamiento, sino un perfecto y cohesionado devenir. Estar pronto a sentirlo, a serlo, es condición del poeta.

LAS cosas pueden cantarse y contarse. En ambos casos el poeta define su humanidad. Pero las cosas siempre están en función, no son función. Lo que sí lo es todo es el ser, a quien se le supedita cuanto existe; unas veces como idea y otras como pasión. El paisaje, independiente de todo, es, por sí mismo, un mundo en el cual se inscribe la vida humana con las cosas. Sin embargo, en Poesía ocurre como en Pintura: que la "figura" es el tema de máxima categoría. En la Escultura, arte concreto, casi no cuenta el paisaje. En la figura está el paisaje y están las cosas. La Poesía es capaz de contenerlos a todos.

LA palabra bella al servicio de una imagen ha sido propia de la poesía cuando ésta especulaba con elementos deshumanizados; lógico fuego, y juego, purificante al cual se entrega el Arte en general para librarse—periódicamente—de los limos que arrastran largas corrientes en un mismo sentido. Lo social, aunque extraño, importa mucho. Porque la poesía, que es divina, también es de los hombres y participa de sus avatares.

CUANDO la palabra no es una pieza de precisión técnica, o matemática, o simplemente artística, recobra su vigor de representación de una idea o de un sentimiento; entonces se impurifica porque sirve, y, sin embargo, es entonces cuando dice, cuando oficia de puente entre el misterio y la claridad. La palabra de poesía es siempre, si auténtica, mágica. Lo normal es que el poeta la reconozca después como culminación de su estado, de su latente capacidad expresiva. A él le nacen, primero, los estados indescifrables; y vienen luego las palabras, sumisas o fulminantes, a intentar aclarar el oscuro secreto... El que escucha, oye. Es dentro de sí mismo donde el poeta ve y oye, porque su sangre es la más antigua y la más poblada. El estar siempre dispuesto, libertado, sensibilizado, le faculta también para la compenetración con los demás seres. En todos vive el misterio. Hay que atravesarlo, entregándose. El que no se da no recibe. La Poesía no es una ciudad amurallada, hoy; no es un ejercicio de virtuosismo, ya; no es un recreo de iniciados para iniciados... Es un río que fertiliza y al que fertilizan, porque no descansa, no se detiene. Es, no está.

Alguna vez, salvarla ha sido recluirla; o cortándola de sus amarras, mantenerla en el aire como un cuerpo luminoso e incontaminable. Ahora, para que los hombres no la abandonen definitivamente, ella ha de seguirlos, entrometérseles, aceptar de su ardiente convivencia todos los sacrificios que lleva consigo la entrega... El ser más importante es la criatura humana que, en estos momentos, está dilucidando uno de sus dramas máximos. ¿Cómo declararse ajena, estelar, y no fundirse al destino humano para impedir el olvido del supremo Origen?

HAY, además, problemas muy trascendentales en la Poesía: los que puede resolver la Mujer. Hasta hace muy poco tiempo, su obra se desarrollaba en un plano mimético. Por considerables razones ajenas a estas cosas, la poesía femenina no era auténtica; era femenina como la imaginaba el hombre, que, por eso, ignoraba el entrañable fondo de su mitad.

A mí me pareció más leal hablar en poesía con las palabras que traduzcan, propiamente, la naturaleza femenina no intervenida por extrañas y naturales deformaciones. Seguir en el río de

la Poesía como un afluente más cuya significación nominal sería tan sólo un cambio de vocal o de consonante, me pareció, ahora, inadecuado. Creo que este siglo es el de una nueva edad media, un pasillo de luz hacia mayor luz; y que no se debe hurtar el alma a su responsabilidad absoluta. Si yo soy poeta, el hecho de que soy mujer no debe permanecer ajeno a mi condición; y no se trata de hacer una obra estrictamente femenina, sino de enriquecer el común acervo con las aportaciones que sólo yo en mi cualidad de mujer poeta puedo ofrecer para iluminar una vasta zona que permanecía en el misterio. No se trata de revelaciones, ni de sorpresas, ni de antítesis, ni de caminos opuestos. Sencillamente diferentes y complementarios.

ENTONCES me entregué a una obra que intuía áspera en sus comienzos, con ascetismo. Liberé mi pluma de cuanto, por anticipado, estimaba grato, gracioso, musical y fácil. Mi honrada vocación enfocada a una conquista limpia, quería ser estimada—en principio—porque sí. Responderían a su impulso aquellos que accedieran generosamente a ayudarme con su inteligencia de lo nuevo que yo quería aportar. Los seres tiernos—recuérdense algunos en las escalas zoológica y vegetal—son los que Dios ha permitido que se vistan con corteza que los defienda... Ya que los duros no la necesitan.

A la Mujer, y a ésta en particular, nos quedan muchas inquietudes antiguas y presentes que analizar. Que recordar. Que sentir. La lengua poética en que yo intento resolver sucesivamente mis propósitos, se priva voluntariamente de adornos, porque es grave mi intención y siento un pudor distinto al que sintieron mis colegas... Yo no siento vergüenza de mis o de los sentimientos, pues los controlo y depuro; pero sí que la sentiría de expresarlos enfática o falsamente. Mi pudor reside en mi empleo de la palabra exacta, ojalá que insustituíble; en que no se pueda quitar sin desgarro; en que cada vocablo represente, sin posible equívoco, lo que necesita ser dicho para ser ante los demás como es en mí o yo sé que es en otras mujeres.

Y ocurre que por este camino me he hallado en la cima de un mundo de vertientes comunes, donde el hombre y la mujer son ambas cosas juntas y a la vez, porque son, por fin, el Ser completo que Dios hizo.

NUNCA he admitido que toda la Poesía pueda ser encerrada en esta o en la otra fórmula. Mi devenir enseña que no ceso de requerirla en todas sus apariencias. No es posible, y acaso ello venga en perjuicio de mi obra total, que yo me limite en algunas de sus presencias. Cada día, cada ser, tienen para mí una voz, su voz. Oír todas las voces que me sea permitido, ver al resplandor de cuantas más luces, puede que debilite el impulso de una

sola dedicación. Mas, ¿qué voy a hacer con tanto enamoramiento de la belleza, de la vida, del ensueño? Y sólo con un esfuerzo poderoso consigo que lo barroco ceda, inflexible.

LO que sí me domina, ante lo cual entrego mis acrisoladas resistencias, es el misterio. Sé que hay un mundo en cuya órbita es posible participar y ser participado; donde lo inimaginable es torrente arterial, allí donde las almas no mantienen relación hostil con su horizonte, porque lo constituyen; y se integran de él. Donde nada está afligido de perdurabilidad, ya que no existen los límites y todo está siendo sin principio ni fin.

Al llegar aquí me asalta una idea. Creo que debo aclarar que no abogo solamente por una poesía trascendental, cargada de significaciones humanas, desechando aquellas benéficas vetas de la poesía ya popular, musical, leve, fugitiva, graciosa y alada como un ave. En donde yo considero ineludible la significación y la trascendencia humana es en el poeta. Al cual yo le exijo una tal fidelidad y adhesión a su destino vocacional, que nadie ni nada pueda empañar o desvirtuar. Por sencilla que escoja su forma de expresión, hágalo guardándose y guardándole un ejemplar respeto. Porque tal es su categoría.

EN cuanto a qué hay que decir, o aspirar...! Dijeron unos poetas: "Entregaos a la naturaleza antes que sea ella quien os tome" (Hölderlin); "Escribo por que no puedo hacer menos" (Kleist); "Si vivo no puedo ser poeta, y si soy poeta apenas si puedo vivir" (Gertrude von le Fort); y una, desde su obstinado empeño en "pasar la puerta estrecha", ¿qué diría para definir esta atormentada felicidad que es su ciudad doliente y su mágica esfera, anillo de Dios?

MI poesía exige un estado espiritual, un momento preciso, indeterminado: él. Y no es consecuencia de nada, no obedece a nada... Algo se mueve impreciso allá dentro; la palabra justa, la que saca de su oscuro palpitar el enigma y lo desnuda, o lo deja intacto pero a los ojos de todos, emerge. Si es esa palabra la verdadera, el poema fluye y se entrega. Y si no lo es, todo se derrumba al comenzar o al ir creciendo.

JAMÁS rehago lo que no me interpretaba aquel estado que me conectó con el misterio. Rompo lo que no brotó cohesionado. Y espero, sin olvidar pero sin pensar: sintiendo.

No pienso lo que voy a hacer. Hago lo que, sin saberlo, quiero hacer. Exactamente el medio entre *lo otro* y *esto,* es mi pluma...

CREO en la inspiración como en el amor y el destino: inexorablemente. No escribo jamás *de* cosas, sino por las cosas. Porque

ellas me obliguen a volcar mis inquietudes, mis alegrías o mis presentimientos. Prefiero la vida humana, con todas sus consecuencias, a la naturaleza muerta, en Poesía. Pero esto he tardado años en admitirlo.

NO le temo a la palabra, violenta, si es indispensable; y sí a la palabra inútil, innecesaria o falsa. Quiero que llegue directo al corazón del que lee, o a su piel, lo que yo traslado desde mi mundo al mundo.

NO puedo compartir el *estado de gracia* de la poesía, con nada ni con nadie. Me hiere, al tener que salir de mí misma, el ajeno contacto. Sufro y hago sufrir esa tensión deslumbradora.

PARA mí lo perfecto ansiado es decir, con pocas palabras, un interminable mensaje.



CARMEN CONDE